

cer verse libre de la dirección de una campaña que se anunciaba terrible y con todos los síntomas de un éxito cuando menos muy dudoso, ya que no de seguro desgraciado, no titubeó en hacer el sacrificio de su reputación militar reteniendo el mando del ejército hasta la presentación de la Romana, persuadido de que en ello hacía un gran servicio á su nación.

Las órdenes que por su parte tenían los generales franceses eran de estar á la defensiva hasta que llegara el emperador, que había de dirigir por sí mismo las operaciones. Pero el mariscal Lefebvre, duque de Dantzick, que había sucedido á Merlin, y se hallaba en Durango, viéndose considerablemente reforzado con las tropas venidas de Francia, y afanoso de ofrecer al emperador una victoria por sí solo ganada, so pretexto de haberle atacado Blake y de hacerle arrepentir de su temeridad, fué él quien en la mañana del 31 de octubre atacó al general español en sus posiciones de Zornoza. Tomaron parte en esta acción varias divisiones de uno y otro lado; era evidente la superioridad numérica de los franceses, nada dejaba que desear la calidad de sus tropas, y no fué poco mérito el de retirarse Blake á Bilbao con poca pérdida, y tan ordenadamente que de esta circunstancia hacen mención honrosa las historias escritas por los que eran entonces enemigos. No le pareció punto á propósito para resistir á un ejército poderoso, y deteniéndose solo el tiempo necesario para tomar vituallas, y prosiguiendo en su retirada hasta Balmaseda. El rey José, aunque incomodado con Lefebvre como lo estaba el emperador (1) por su precipitación, envió desde Vitoria al mariscal Víctor con dos divisiones del primer cuerpo para protegerle por la parte de Orduña. Encontráronse estas tropas con las de Acebedo y Martinengo, que habían quedado separadas del ejército de Blake, y al ver que se preparaban á recibir las con rostro firme, se replegaron sobre Orduña sin atacarlas.

Inquieto Blake por la suerte de aquellas dos divisiones, desde Nava donde había situado el 3 de noviembre su cuartel general mandó salir la noche del 4 gruesas fuerzas para ver de libertar aquellas tropas aisladas y comprometidas. Pudo hacer esto con algún desahogo, porque acababan de incorporarse las recién llegadas de Dinamarca regidas por el conde de San Roman, y la división asturiana mandada por Quirós, constituyendo entre todas un refuerzo de ocho á nueve mil hombres. Merced á este movimiento se logró la reunión de los de Acebedo y Martinengo, separados desde la acción de Zornoza, con gran contentamiento y júbilo de todos. Entre tanto la cuarta división que se había dirigido á Balmaseda encontró

es cierta, esta exoneración del general Blake en su mando, mientras no oiga las sólidas razones y poderosos motivos que le obligan á reclamarla.

»Este reino prescindirá en ellos de que para una resolución tan intimamente unida con su decoro no se hayan esperado sus diputados; de que habiendo sido nombrado general en jefe cuando por las circunstancias ejercía las funciones de soberanía este reino, se le llamó interino, sin haber precedido orden que revocase su nombramiento; y que ni aun se tuviese la consideración de insinuárselo, como parecía justo tratándose de un general que había escogido para contribuir á salvar la patria. La salud de esta ha sido y será siempre su deseo. Presta gustoso su obediencia á S. M. y hará siempre compatible esta con su derecho de reclamar lo que juzgue conveniente para llenar el sagrado deber que han contraído y jurado á sus respectivas ciudades los individuos que le componen.—Reino de Galicia, 23 de octubre de 1808.»

(1) En 4 de noviembre escribía desde Bayona el mariscal Berthier al rey José: «He enseñado al emperador la carta de V. M. de 2 de noviembre. El emperador me ordena escribir al mariscal duque de Dantzick para manifestarle su enojo por haber empeñado una acción tan seria sin orden suya, y de una manera tan inhábil.... V. M. pensará como nosotros, que el enemigo debía de dar un voto de gracias á la inconsideración del duque de Dantzick.»—Memorias del rey José: Correspondencia, tomo V.

ya aquella villa ocupada por la del general francés Villatte, atacóla con impetu favorecida de la segunda división y de algunos cuerpos asturianos que se hallaban cerca, la arrojó de la población, haciéndola abandonar un cañón, dos carros de equipajes y cuarenta prisioneros, y la persiguió hasta hacerla retroceder á Bilbao, quedando otra vez los nuestros dueños de la posición de Balmaseda y puntos inmediatos.

Aprovechando Blake el triunfo de Balmaseda, después de enviar el cuerpo de vanguardia hacia Sodupe, partió él mismo con la primera y segunda división camino de Güeñes. Encontróse allí con las divisiones francesas de Leval y Sebastiani, y empeñóse una acción bien sostenida por ambas partes hasta la entrada de la noche, y en que se distinguió por su bizarría el batallón literario de Santiago. Carecían los nuestros de víveres, y determinó el general retirarse á Balmaseda. Las subsistencias escaseaban mas cada día, la miseria se hacía sentir en un país de por sí poco fértil y esquilado por dos grandes ejércitos; el tiempo estaba lluvioso y frío, y nuestros soldados sin capotes, y muchos sin vestido ni calzado; por otra parte Napoleón desde Bayona había destinado á la persecución de Blake los dos cuerpos cuarto y primero mandados por Lefebvre y por Víctor, el uno por la parte de Bilbao, el otro por Orduña y Amurrio, que componían una fuerza de cincuenta mil hombres: el de Blake, con las bajas producidas por tantos encuentros y acciones, no pasaba de treinta mil (2); por todo lo cual resolvió retirarse á país que ofreciera mas recursos, y donde pudiera rehacerse y dar descanso á sus fatigadas y casi extenuadas tropas. Pero una parte de las que quedaban en Balmaseda para proteger la retirada no pudo reunirse ya al ejército y se dirigió á la costa de Santander. La cuarta división situada en Sopuerta fué acometida por numerosas columnas, y para no dejarse envolver tuvo que retirarse á la Nestosa, no pudiendo tampoco reunirse al ejército sin aventurar una acción desigual. De esta manera, y con la falta de estos cuerpos, pero muy ordenadamente y con muchas precauciones llegó Blake con el grueso de sus tropas á Espinosa de los Monteros.

Sucedía esto cuando Napoleón, llevando adelante su propósito de venir á España á mandar los ejércitos en persona, prueba grande de la apurada situación en que había llegado á verse su hermano, había franqueado el Bidasoa la tarde del 4 de noviembre, yendo á dormir á Tolosa. A la mañana siguiente se encaminó á Vitoria á caballo con una escolta de la guardia imperial. Alojose en un campo fuera de la ciudad, y no en compañía de su hermano, como quien se proponía no eclipsarle con su presencia y dejarle todo el aparato de la majestad, limitándose él al papel de general en jefe. Al otro día llamó su estado mayor, resuelto á emprender desde luego las operaciones decisivas que había proyectado, y que iban á hacer cambiar la situación de España.

(2) Tenían las divisiones en principios de octubre la fuerza siguiente:

Vanguardia	2,848 hombres
Primera división	3,886 »
Segunda	4,547 »
Tercera	4,577 »
Cuarta	4,123 »
Reserva	2,747 »
División de Asturias	7,300 »
División del Norte	5,500 »
Total	35,528 »

Se calculaban en mas de cinco mil las bajas hasta fin de octubre, entre muertos de enfermedad y en acción, heridos y extraviados desde el combate de Zornoza.

CAPITULO IV

Derrota de ejércitos españoles.—Napoleón en Chamartin.—Traslacion de la Central á Sevilla

(De noviembre á fin de diciembre)

1809

Batalla de Espinosa de los Monteros, desgraciada para los españoles.—Penosa retirada de Blake á Leon.—Toma el mando del ejército de la izquierda el marqués de la Romana.—Noble conducta de Blake.—Justicia que le hace la Junta de Galicia.—Disposiciones y movimientos de Napoleón.—Derrota cerca de Burgos el ejército de Extremadura.—Exagerada importancia que dió Napoleón á aquel triunfo.—Incendio y pillaje de la ciudad.—Decretos imperiales: impuestos y proscriptores.—Situación y operaciones del ejército del centro.—Es derrotado en la acción de Tudela.—Sucede la Peña á Castaños en el mando de aquel ejército.—Llega tarde á Somosierra y se dirige á Guadalajara.—Prosigue Napoleón su marcha á Madrid.—Destruye al general Sanjuan en el puerto de Somosierra.—Brillante y memorable carga de los lanceros polacos.—Sanjuan se refugia en Segovia.—Asustada la Junta Central, abandona á Aranjuez y se dirige á Badajoz.—Preparativos de defensa en Madrid.—Entusiasmo popular: armamentos.—Es horriblemente asesinado el marqués de Perales.—Napoleón en Chamartin.—Hace intimar primera y segunda vez la rendición de la plaza.—Respuesta.—Atacan los franceses y toman el Buen Retiro.—Mensaje al campo imperial.—Áspera arenga de Napoleón.—Capitulación y entrega de Madrid.—El rey José en el Pardo.—Notables decretos de Napoleón en Chamartin.—Disgustos de José con su hermano.—Hace dimisión de la corona de España.—El emperador se la cede de nuevo y exige que le presten juramento en todos los templos de Madrid.—Distribución que hace de sus ejércitos.—Desmoralización de nuestras tropas.—Horrible asesinato del general Sanjuan en Talavera.—Discordias y rebeliones en el ejército del centro.—Su penosa retirada á Cuenca.—Toma su mando el duque del Infantado.—Excesos lamentables de los pueblos.—Dominan los franceses la Mancha.—Vencen á los nuestros en el Tajo y penetran en Extremadura.—La Junta Central acuerda trasladarse á Sevilla.—Don Gregorio de la Cuesta capitán general de Extremadura.—Entra la Central en Sevilla.—Muerte del conde de Florida Blanca.—Reemplázale el marqués de Astorga.

Reforzado el ejército francés de España con numerosos cuerpos de tropas veteranas y aguerridas, traídas del Norte y del centro de Europa, fuerte de doscientos cincuenta mil hombres, dirigido por Napoleón en persona, con su inteligente y enérgica voluntad y con todo el prestigio que acompañaba á su nombre y á su poder inmenso, y teniendo que combatir con tropas en su mayor parte todavía nuevas, y de prisa y con escasos medios recién organizadas, era natural y no podía menos de suceder que cambiara la marcha de la guerra en favor de los franceses. En el estado en que la encontró Napoleón, dos partidos podía tomar: era uno dejar á Lefebvre en observación de Blake con orden de no perseguirle vivamente si se pronunciaba en retirada, marchar él rápidamente sobre Burgos, y destacar uno de sus cuerpos sobre Reinosa para cortar la retirada al general español: el otro era que los mariscales Lefebvre y Víctor reunidos le persiguieran y atacaran hasta destruirle. El emperador prefirió este último, y de aquí el combate de Güeñes, al cual sin embargo no concurrió, con extrañeza suya, el mariscal Víctor.

Habiase situado, como digimos, don Joaquín Blake en Espinosa de los Monteros, villa de cierto renombre en España por el antiguo privilegio de que gozan sus naturales de ser los escogidos para hacer, con el título de Monteros de Espinosa, la guardia al rey de noche cerca de su cuarto. Ocupaban los españoles, en número de veintinueve mil, las ásperas alturas y hondos valles que rodean la población, cuando fueron atacados por los veinticinco mil franceses del primer cuerpo que mandaba el mariscal Víctor (10 de noviembre), sufriendo la primera embestida nuestra división del Norte que guiaba el conde de San Roman, situada en un altozano. Por espacio de dos horas sostuvieron los nuestros bizarramente el combate, hasta que cargados por mayor número abandonaron el bosque. Nuestra artillería, manejada por el capitán Roselló, hacía un fuego certero y vivo. Esforzóse Blake por sostener la división San Roman con la tercera que guiaba Riquelme, pero la circunstancia fatal de haber sido heridos mortalmente ambos generales hizo suspender la pelea al llegar la noche. Los veci-

nos de Espinosa habían huido espantados, y no había ni en la villa ni en sus contornos, ni mantenimientos para los combatientes, ni menos recursos para los heridos. Todos pasaron la noche á la intemperie sin moverse, pues creyó Blake que era preferible sostener otro ataque al siguiente día á ejecutar un movimiento de retirada que alentara al enemigo y produjera en los suyos desánimo y desorden; mucho mas cuando había dado orden al brigadier Malaspina, que se hallaba en Medina de Pomar, para que acudiese á reforzarle con los cuatro batallones y los cuatrocientos caballos que tenía. Pero al quererlo ejecutar aquel jefe, encontráronse con cuerpos enemigos, teniendo que limitarse á salvar sus tropas á costa de dificultades y rodeos.

Sufrió pues Blake en la misma situación el ataque del día 11, y sufrió él las primeras las tropas asturianas, que ya habían tenido bastantes bajas en el de la víspera. Hizo la fatalidad... no la fatalidad, sino la destreza de los tiradores franceses, colocados de intento y exclusivamente para apuntar á los jefes nuestros, que sus certeros tiros hirieron al general Acebedo y al jefe de Escuadra don Cayetano Valdés, y dejaron sin vida al mariscal de campo don Gregorio Quirós, que montado en un caballo blanco recorría las filas. Viéndose los asturianos privados de todos sus jefes, abandonaron aturdidos las posiciones que ocupaban, huyendo por las asperezas del valle de Pas; no pudo Blake impedir que cundiera el desaliento á los demás cuerpos, y que unos comenzaran á cejar y otros á desordenarse, y dispuso la retirada protegida por la reserva de Mahy. En el paso del río Trueba perdió las seis piezas de artillería que llevaba. La falta de subsistencias en un país estéril y quebrado hizo que nuestros soldados se dispersaran y extraviaran. Apenas pudo Blake reunir diez ó doce mil hombres en Reinosa, donde estaban el parque de artillería y los almacenes, y donde se había propuesto dar alimento y descanso á sus extenuadas tropas, y rehacerse y reorganizarlas. Mas ni para esto tuvo lugar; las desgracias se le agolparon, y las activas operaciones del enemigo no se lo permitieron. Sabedor de que el mariscal Soult, duque de Dalmacia, enviado por Napoleón desde Burgos se dirigía á marchas forzadas sobre Reinosa para cortarle la retirada á Leon, se adelantó hacia esta ciudad por las montañas haciendo marchas penosas (1). La artillería llegó por Saldaña, excepto la de una división, que hallando ya interceptado el camino se dirigió por Santander á San Vicente de la Barquera.

Al llegar al valle de Cabuémiga presentósele el marqués de la Romana, nombrado, como dijimos, por la Central general en jefe del ejército de la izquierda. Nada hubiera sido mas cómodo para Blake que cambiar en aquellos momentos las privaciones y las fatigas de una retirada penosa por los goces y comodidades de la capitania general de Galicia que conservaba, dejar á otro el cuidado y la responsabilidad de un ejército en situación deplorable, para trasladarse á la Coruña, donde le esperaban cargos honrosos, amigos sinceros, y una esposa y cinco hijos queridos. Pero aquel pundonoroso militar prefirió á todo esto seguir compartiendo con sus tropas las molestias de una laboriosa marcha, y asistir á la Romana con sus consejos y acompañarle hasta Leon, donde todavía, hecho recuento de la fuerza (24 de noviembre), resultó haberse reunido allí quince mil novecientos treinta soldados y quinientos ocho oficiales; resultado admirable ciertamente, después de haber disputado palmo á palmo la Vizcaya á un enemigo poderoso, después de tantos combates, unos felices y otros desgraciados, y después de tantos temporales, de tanto desabrigo, de tantas escaseces, y de tan larga retirada por país tan estéril y tan quebrado; resultado que á juicio de los inteligentes, y mas de los extranjeros que de los nacionales, confirmó la reputación militar de Blake en medio de sus desgracias.

(1) En uno de los pasos alcanzaron todavía las tropas de Lefebvre á los enfermos y heridos: condujéronse cruel é inhumanamente con estos últimos: entre ellos fué sacrificado el general Acebedo, á quien desapiedadamente traspasaron á estocadas, sin que alcanzaran á conmoverlos las sentidas súplicas de su ayudante don Rafael del Riego, el mismo que después fué tan conocido y tan infortunado, y fué hecho entonces prisionero.

En Leon hizo entrega formal del ejército al marqués de la Romana, y dió un parte de todas las operaciones á la junta de Galicia, de la cual recibió una respuesta sumamente satisfactoria (1), porque así como contaba con algunos enemigos en la Central, la de Galicia que le conocía á fondo, hizo constantemente justicia á su mérito, á su honradez y á su patriotismo. Solicitó Blake de la Central que le empleara en otro ejército de operaciones, no acertando entre tanto á separarse del que él mismo á costa de tantos esfuerzos habia creado; pero ya le volveremos á encontrar peleando en favor de la buena causa: úrgenos ahora dar cuenta de lo que en este tiempo en otras partes habia acontecido.

Napoleon, asegurada su derecha con los cuerpos primero y cuarto, que perseguían á Blake, encargando á Moncey que con el tercero observase desde Lodosa nuestro ejército del centro y de Aragon, dejando en Logroño algunas fuerzas del sexto, debiendo dirigirse Ney con el resto de ellas á Aranda, dando á Bessieres el mando de la caballería, y el del segundo cuerpo á Soult, salió él de Vitoria (9 de noviembre), seguido de estos últimos y con la guardia imperial y la reserva camino de Madrid por Burgos. Habia comenzado á entrar en esta ciudad el ejército de Extremadura, compuesto de diez y ocho mil hombres, pero del cual solo doce mil habian llegado á la poblacion, quedando la tercera division hácia Lerma, algunas leguas atrás. Mandábala el conde de Belveder, nombrado por la junta en lugar de don José Galluzo. Inexperto él, mal equipadas sus tropas, y sin saber que tenia sobre sí cuarenta mil franceses, y cuarenta mil franceses mandados por Napoleon, cometió la imprudencia de adelantarse á Gamonal, tres cuartos de legua de Burgos, y la mayor locura de aceptar la accion en aquella extensa planicie. Poco trabajo costó al general francés Lassalle envolver y arrollar nuestra derecha, y poco tardó nuestro ejército en huir desbandado, y tan de cerca perseguido, que juntos y revueltos entraron vencidos y vencedores en Burgos, despues de haber acuchillado la caballería de Bessieres á los que por la orilla del rio Arlanzon intentaban salvarse, y de haber cogido catorce cañones. El de Belveder no paró, con las reliquias de su destrozada gente, hasta Lerma, donde se encontró con su tercera division. Y perseguido allí, prosiguió á Aranda, donde todavía no se contempló seguro, teniendo que refugiarse á Segovia: allí la Junta Central le retiró el mando que en mal hora le habia sido conferido, nombrando en su reemplazo á don José de Heredia.

Algunos tiros disparados por los fugitivos en las calles de Burgos sirvieron de pretexto á Napoleon para entregar la ciudad al pillaje: «desórdenes, dice un historiador francés, poco propios para hacer amar la dominacion francesa en España (2).» Apoderáronse, entre otras cosas, de dos mil sacas de lana pertenecientes á ricos ganaderos, que enviadas á Bayona y vendidas valieron muchos millones. Cuando José entró en Burgos, el fuego destruía todavía algunos cuarteles de la ciudad; las casas estaban casi todas desiertas. Napoleon presentó á los ojos de Europa el corto combate y fácil triunfo de Burgos como una gran batalla, que en cierto modo decidía de la suerte de España; para darle mas importancia y realce envió al Cuerpo legislativo las banderas cogidas, y aquel cuerpo acordó una felicitacion al emperador, y dirigió un mensaje á la emperatriz como testimonio de su admiracion por las glo-

(1) «El Reino (le decia la junta) por el oficio de V. E. de 22 del corriente queda muy satisfecho de sus operaciones y providencias. La guerra tiene sus reveses, y el Reino está bien persuadido de que si la divina Providencia no ha concedido á V. E. el consuelo de anunciar siempre victorias, las que han conseguido los enemigos con las excesivas fuerzas que han hecho concurrir de todas las extremidades de Europa les han sido bien costosas; pero estos males pasajeros se remedian con el celo y patriotismo que anima á todos los naturales de España. El Reino asegura á V. E. que en las honras que V. E. dice le ha dispensado no ha hecho mas que dar el mérito debido á las prendas y circunstancias que concurren en V. E., y se promete que estas mismas conducirán á V. E. á mayores satisfacciones, en las que el Reino tomará la mayor parte, porque estima y estimará siempre á V. E.—Reino de Galicia, 28 de noviembre de 1808.—Juan Fernandez Martinez.—Antonio María Gil.—Excelentísimo señor don Joaquin Blake.»

(2) Du Casse, Memoires du roi Joseph, lib. III.

rias militares de su augusto esposo. Esta exageracion convenia á los fines políticos de Bonaparte, principalmente para intimidar al gabinete de Viena, de quien andaba á la sazón receloso. Entonces fué tambien cuando desde Burgos partió el mariscal Soult hácia Reinosa, para ver de cortar la retirada á Blake, segun dejamos referido.

Desde aquella ciudad impuso Napoleon contribuciones extraordinarias á los pueblos que dominaba, y mandaba hacer requisiciones de granos, de vino, de ganados y otras especies, arrebatándolas á veces á viva fuerza: extraño modo de hacer aceptable su dominacion. Desde allí expidió tambien un decreto, concediendo á nombre suyo y del de su hermano amnistía plena y general para todos los españoles que en el término de un mes desde su entrada en Madrid depusieran las armas y renunciaran á toda alianza con los ingleses, exceptuando de esta gracia á los duques del Infantado, de Medinaceli, de Híjar, de Osuna, al marqués de Santa Cruz del Viso, á los condes de Fernan Nuñez y de Altamira, al príncipe de Castelfranco, á don Pedro Cevallos, y lo que era bien singular, al obispo de Santander, mandando que si fuesen aprehendidos se los entregara á una comision militar, se los pasara por las armas, y se les confiscaran todos sus bienes (3). Primer decreto de proseription en España, como observa un juicioso historiador, tanto mas censurable y extraño, cuanto que las mismas juntas populares, con obrar en medio del hervor de las pasiones, no habian ofrecido todavía semejante ejemplo.

En punto á operaciones, antes de hablar de las que dirigió Napoleon en persona, veamos los resultados de las que desde Burgos ordenó para combatir al ejército español del centro despues de los descalabros causados al de la izquierda. Como si fuese fundada la censura que algunos hacian de la lentitud y excesiva circunspeccion del general Castaños, así fué enviado á su cuartel general en España, como observa un juicioso historiador, tanto mas censurable y extraño, cuanto que las mismas juntas populares, con obrar en medio del hervor de las pasiones, no habian ofrecido todavía semejante ejemplo. En punto á operaciones, antes de hablar de las que dirigió Napoleon en persona, veamos los resultados de las que desde Burgos ordenó para combatir al ejército español del centro despues de los descalabros causados al de la izquierda. Como si fuese fundada la censura que algunos hacian de la lentitud y excesiva circunspeccion del general Castaños, así fué enviado á su cuartel general en España, como observa un juicioso historiador, tanto mas censurable y extraño, cuanto que las mismas juntas populares, con obrar en medio del hervor de las pasiones, no habian ofrecido todavía semejante ejemplo. En punto á operaciones, antes de hablar de las que dirigió Napoleon en persona, veamos los resultados de las que desde Burgos ordenó para combatir al ejército español del centro despues de los descalabros causados al de la izquierda. Como si fuese fundada la censura que algunos hacian de la lentitud y excesiva circunspeccion del general Castaños, así fué enviado á su cuartel general en España, como observa un juicioso historiador, tanto mas censurable y extraño, cuanto que las mismas juntas populares, con obrar en medio del hervor de las pasiones, no habian ofrecido todavía semejante ejemplo.

Conforme al plan y á las órdenes de Napoleon, de impedir la retirada del ejército del centro á Madrid, y de sorprenderle, si era posible, y envolverle por el flanco, se habia adelantado el mariscal Lannes con las tropas de Lagrange y Colbert del sexto cuerpo, con las del tercero que mandaba Moncey, y con la division de Maurice-Mathieu recién llegada de Francia, juntándose del 20 al 22 de noviembre en Lodosa y sus cercanías sobre treinta y cinco mil hombres. Obraban estos en combinacion con los veinte mil del mariscal Ney, que, derrotado el ejército de Extremadura á las inmediaciones de Burgos, recibió orden de marchar, y lo habia verificado, desde

(3) Gaceta extraordinaria de Madrid del 11 de diciembre.—Extracto de las minutas de la Secretaría de Estado.

Aranda por el Burgo de Osma y Soria en direccion de Navarra, aunque llegó tarde á la batalla, como veremos. Comenzó aquella á anunciarse con la presencia de algunos escuadrones franceses á la inmediacion de Tudela la mañana del 20 de noviembre. Castaños tomó sus posiciones del modo siguiente: colocó en las alturas de frente á la ciudad los aragoneses, juntamente con la quinta division, que era de valencianos y murcianos, en todo sobre veinte mil hombres, la cuarta division de Aragon, mandada por la Peña, fuerte de ocho mil hombres, en Cascante, legua y media de aquella ciudad; y en Tarazona, á otras dos leguas y media, las otras tres divisiones que guiaba el general Grimarest, y componian de trece á catorce mil hombres.

Empeñóse la accion en las cercanías de Tudela, atacando el general Maurice-Mathieu sostenido por la caballería de Lefebvre la quinta division y los aragoneses. Recibiósele al principio con firmeza los nuestros, mandados por don Juan O'Neil, y aun le rechazaron y persiguieron: pero reforzados los franceses por el general Morlot, revolvieron sobre nuestro centro, le desordenaron y desconcertaron. El mismo Castaños se vió envuelto en el desórden, y tuvo que recogerse á Borja, donde se encontraron varios generales, y entre ellos el representante de la Junta. Al mismo tiempo la division de la Peña era batida en Cascante por el general Lagrange, y aunque este fué herido, reforzados los suyos con gran golpe de infantería, obligaron á los nuestros á encerrarse en la poblacion. Perezoso y lento anduvo por su parte Grimarest, que mandaba la extrema izquierda en Tarazona. Y gracias que no se presentó á tiempo el mariscal Ney delante de esta ciudad, habiéndose detenido un dia en Soria á dar descanso á sus tropas, que sino habria sido enteramente destruido nuestro ejército del centro. Aun así se perdieron treinta cañones y siete banderas, murieron bastantes soldados, y fueron mas de dos mil los prisioneros. Las reliquias de los aragoneses, y casi todos los valencianos y murcianos con los mas de sus jefes se metieron en Zaragoza; Castaños, con las divisiones andaluzas, llegó el 25 á Calatayud, y el mismo dia entró el general Maurice, que iba persiguiéndole, en Borja, donde se le unió Ney al dia siguiente (26 de noviembre). Todavía hizo el general francés en Borja cerca de otros dos mil prisioneros.

Recibió Castaños en Calatayud aviso y órden de la Junta Central para que acudiera en su auxilio, porque Napoleon avanzaba ya por Somosierra á la capital. Con tal motivo partió de Calatayud (27 de noviembre) la via de Sigüenza, dejando á retaguardia al general Venegas con un cuerpo de cinco mil hombres. Situóse este caudillo el 28 en Buviera, resuelto á defender aquel paso: allí le acometió al dia siguiente Maurice-Mathieu con dobles fuerzas: defendió Venegas heroicamente y palmo á palmo su posicion, y aunque no pudo evitar que algunos coroneles y oficiales suyos quedaran prisioneros, protegió cumplidamente la marcha de nuestras divisiones á Sigüenza donde se incorporó á ellas al otro dia, quedándose Maurice, por órden de Moncey, en Calatayud. En Sigüenza fué relevado Castaños del mando en jefe del ejército del centro, llamándole el gobierno supremo á la presidencia de la junta militar, y confiando interinamente aquel mando al general don Manuel de la Peña. El nuevo jefe, dejando prevenido á Venegas que permaneciese con la retaguardia en Sigüenza hasta el 3 de diciembre, salió el día 1.º con el grueso de las tropas por Jadraque, dirigiéndose luego á Guadalajara, donde se le unió el 4 Venegas. Las noticias que tuvieron de las operaciones del emperador sobre Madrid les hicieron variar de propósito y de rumbo, como luego veremos.

Aunque el 13 de noviembre habian llegado á Salamanca veinte mil ingleses mandados por sir John Moore, despues de haber desembarcado en la Coruña otros diez mil al mando de sir David Baird, Napoleon no se movió de Burgos hasta el 22, porque su objeto era marchar desembarazadamente sobre Madrid despues de destruidos los ejércitos españoles de Galicia y Extremadura, de Andalucía y de Aragon, para presentarse á los ojos de la Europa como aquel á quien nadie osaba resistir y se apoderaba cuando queria de la capital de España. Detúvose unos dias en Aranda de Duero hasta saber la derrota del ejército de Castaños: entonces, y despues de mandar á Ney

que continuara su persecucion, á Moncey que fuese sobre Zaragoza, á Soult que tuviera en respeto á los ingleses, y á Lefebvre que marchara con su caballería por la parte de Segovia, partió él mismo de Aranda camino de Somosierra con la guardia imperial, la reserva, y el primer cuerpo que guiaba el mariscal Victor, y sentó su cuartel general en Boceguillas (29 de noviembre). La Junta Central habia encargado la defensa de Madrid á don Tomás de Morla y al marqués de Castelar, y la del puerto de Somosierra á don Benito Sanjuan con los restos del ejército de Extremadura y algunas otras tropas disponibles, en todo sobre doce mil hombres. Un pequeño cuerpo colocado en Sepúlveda para protegerle, asustado con voces alarmantes malévolaemente esparcidas, se replegó á Segovia, dejando á Sanjuan solo, atrincherado en las alturas con algunas obras de campaña levantadas de prisa y algunos cañones.

Dominada aquella posicion, aunque alta, y fuerte al parecer, por elevadas montañas laterales, una gruesa columna enemiga de infantería comenzó á flanquearla por derecha é izquierda al amanecer del 30 de noviembre á favor de una densa niebla que encapotaba aquellos cerros. Rechazábala no obstante nuestra artillería vomitando mortífero fuego, cuando llegó Napoleon al pie de la sierra. Impaciente por quitar aquel estorbo que le impedía su paso á Madrid, mandó á los lanceros polacos y á los cazadores de la guardia que á toda costa se apoderaran de nuestra principal batería. A galope embistieron aquellos intrépidos jinetes; escuadrones casi enteros caian derribados delante de los cañones, pero otros los reemplazaban y cargaban con mayor furia, hasta apoderarse de las piezas, hacer cejar la infantería y franquear el paso á su ejército. «Esta accion, dice un historiador francés, es una de las mas brillantes y mas atrevidas que el arma de caballería cuenta en sus gloriosos fastos.» A la cabeza de aquellos célebres lanceros iba el insigne conde Felipe de Segur, el distinguido autor de la *Historia de Rusia y de Pedro el Grande*, de la de *Carlos VIII*, de la de *Napoleon y el Grande Ejército*, el cual en aquellas terribles cargas tuvo su caballo muerto, sacó su sombrero y su vestido acribillados á balazos, y en su cuerpo multitud de contusiones y heridas; pero curado por el cirujano del emperador, tuvo mas adelante la señalada honra de ser elegido por él para presentar en el Cuerpo legislativo las muchas banderas cogidas en esta jornada á los españoles. Fueron estos perseguidos por la caballería hasta mas acá de Buitrago. Sanjuan, herido, se refugió, marchando por trochas y atajos, en Segovia, donde se unió á don José Heredia.

Con la derrota de Somosierra quedaba descubierta la capital y en grave riesgo la Junta Suprema. Habia hecho esta quemar por mano del verdugo unos escritos que los ministros españoles del rey José se habian atrevido á dirigir á su presidente, así como al decano del Consejo y al corregidor de Madrid, exhortándolos á someterse á Napoleon y á no prolongar una resistencia tan temeraria como inútil (1). Mas ya no era tiempo sino de pensar en salvarse; se acordó abandonar á Aranjuez, se designó por punto de residencia á Badajoz, y despues de nombrar una comision activa para el despacho de los negocios urgentes, compuesta del presidente Floridablanca, del marqués de Astorga, Valdés, Jovellanos, Contamina y Garay, en la noche del 1.º al 2 de diciembre salieron unos en pos de otros y en grupos camino de Extremadura, y llegaron sin particular contratiempo á Talavera de la Reina.

La defensa de Madrid se habia confiado, como dijimos, al capitán general, marqués de Castelar, y á don Tomás de Morla. De tropas regulares solo habia dos batallones y un escuadron de nueva leva. Agolpóse el pueblo á la casa del marqués

(1) «Igualmente ha decretado (decia el documento) que estos infames escritos, en que con dolor se ven firmas españolas, sean quemados por mano del verdugo, y sus autores abandonados á la execracion pública, tenidos por infidentes, desleales y malos servidores de su legítimo rey, indignos del nombre español, y traidores á la religion, á la patria y al Estado..... etc.»—Gaceta extraordinaria del viernes 25 de noviembre de 1808. Las cartas las firmaban Azanza, O'Farril, Romero, Urquijo, Arribas y Cabarrús.—Ya Cabarrús habia escrito antes en el mismo sentido á la junta de Soria, á la cual debia atenciones y servicios especiales.